

Yoko SUGIURA YAMAMOTO, *La gente de la ciénaga en tiempos antiguos. La Historia de Santa Cruz Atizapán*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio Mexiquense, México, 2009, ISBN: 978-607-02-0733-4.

*La gente de la ciénaga* es producto de un proyecto multidisciplinario, desarrollado en un lugar del valle de Toluca, conocido actualmente como Santa Cruz Atizapán. Su nombre deriva del náhuatl, se compone de *atl*, “agua”; *tizatl*, “tierra o cosa blanca”; y *pan*, “en o sobre”, y significa “sobre el agua blanca”, y a la llegada de los españoles se le colocó el nombre cristiano de Santa Cruz. El lugar es un paraje lleno de cieno pantanoso que tuvo numerosos islotes construidos por el hombre y que los lugareños de hoy designan como La Campana-Tepozoco o Santa Cruz Atizapán.

Se encuentra ubicado en el extremo sur de la cuenca del río Lerma-Chapala-Santiago y está delimitado por las estribaciones del conjunto montañoso Ajusco-Las Cruces, que lo separa del valle de México por el lado oriente. El Nevado de Toluca sirve de límite del sitio en la parte occidental y la margen meridional está flanqueada por una formación volcánica que se extiende en dirección este-oeste a la altura de San Pedro Techuchulco. Hacia el norte hay otra serie de serranías conocidas como los cerros de La Campana, Venta de Canchemí y el Águila. Desde tiempos prehistóricos el vulcanismo de la región del Alto Lerma ha afectado tanto a la cuenca como a la vida vegetal y animal.

La coordinadora de esta obra, Yoko Sugiura Yamamoto, asegura haber conocido hace tres décadas este sitio, en el famoso proyecto arqueológico Teotenago, que dirigía el doctor Román Piña Chan. Pienso que Yoko en ese momento mantuvo muchas ideas en el tintero, y que ahora, con la madurez característica de una arqueóloga inteligente, aglutinó a su alrededor a varios colegas y especialistas en disciplinas afines como: antropólogos, biólogos, vulcanólogos, geofísicos, geólogos y otros, lo que le permitió reunir estudios interesantes que van desde la formación de la cuenca del Alto Lerma, producto de las actividades tectónica y volcánica del cenozoico que determinó su espacio físico, hasta rituales lacustres del lugar.

Empezaré mencionando que la colonización en este lugar no había sido posible sin una amplia capacidad técnica y organizativa que modificara el ambiente

cenagoso, para lo cual se requirió gran cantidad de mano de obra organizada de manera eficiente, con la finalidad de ejecutar las labores de infraestructura, y un conocimiento técnico preciso para resolver los serios problemas inherentes al espacio acuático.

Otro aspecto que la obra contempla es su ubicación en el tiempo a partir de una tabla cronológica con líneas, fechas y nombres de fases, además de un marco de conceptos referenciales, espacio-temporales. Estas dos coordenadas nos ubican en la cronología, comparando los datos con otros sitios del valle de Toluca (Teotenango) o de la cuenca de México que se obtuvieron a través del estudio del radiocarbono y establecen una secuencia interna que se conjuga con los datos cerámicos provenientes de los pozos estratigráficos, lo que permite colocar la información en un panorama cultural vasto.

La obra contiene varios estudios geofísicos que combinan el recorrido de superficie con excavaciones arqueológicas, lo que favorece el conocimiento de los patrones de distribución, así como las técnicas constructivas de varios islotes ocupados por el hombre, en donde la agricultura pública y doméstica reveló una serie de apisonados y cajones de construcción. Para esto, las técnicas geofísicas fueron de gran utilidad.

Otro punto analizado fue el estudio de la población que vivió en Santa Cruz Atizapán con el objetivo de ver las particularidades ideológicas por medio de las prácticas culturales como: el sistema de enterramientos, las ofrendas asociadas con los mismos; la identificación de las características físicas y la evaluación de las condiciones de salud y calidad de vida de estos grupos humanos, sobre todo, la búsqueda de la etiología de las lesiones óseas; todo vinculado con el clima y los recursos naturales. Los antecesores de Santa Cruz, como los demás pobladores del valle de Toluca, fueron en su mayoría otomíes, de quienes llama la atención su longevidad, que aún en la actualidad se puede apreciar en Lerma, pues siempre y cuando cumplieran 3 años, llegaban a ser adultos medios que rebasaban los 35 años, a pesar de presentar algunos de ellos cambios degenerativos naturales de la edad. Gracias a este tipo de estudios podemos asegurar que la población de Atizapán era de estatura media, tanto en hombres como en mujeres. Tenían cabezas anchas o medias, su nariz era angosta y algunos tenían prognatismo facial, quizá relacionado con la falta de cuidado de las piezas dentarias, un padecimiento común en esta población. Es notable el avance en la metodología de la biología molecular, la genética y la genómica que hizo posible la recuperación de ADN de los restos antiguos, que los califica dentro de la etnia otomiana.

El libro tiene el encanto de ver la vida cotidiana de los antiguos habitantes de ese sitio, conformada por la suma de muchos y pequeños aspectos vitales, lo que

enriquece el conocimiento acerca de la forma en la que los antiguos habitantes de la región coexistieron y se relacionaron con su entorno lacustre. A nosotros los historiadores nos aclara el devenir de estas sociedades, sobre todo el papel que desempeñó el valle de Toluca, frío y de gran altitud, en el proceso histórico que experimentaron las antiguas sociedades de la cuenca de México y la forma como interactuaron con la región del Alto Lerma. Se menciona la consolidación de redes con el sur de los actuales estados de México y Guerrero. También encontré una explicación clara y precisa de lo que los mexiquenses del valle de Toluca siempre hemos asegurado, parafraseando un dicho popular: “estamos tan lejos de Dios y tan cerca del Distrito Federal”. Paso a explicarlo. A pesar de ser una región muy productiva y bien ubicada, siempre hemos padecido los efectos negativos, no sólo de la cercanía con la cuenca de México, sino también “de los pasos acelerados de la urbanización y de la industrialización actual, así como de una concomitante explosión demográfica” (Sugiura 2009: 13). Si bien los arqueólogos se quejan de ello, al asegurar que esta modernización causa severas pérdidas de datos e información acerca de la historia de los asentamientos humanos y muchos de los testimonios de los pueblos prehispánicos de la región se pierden antes de ser conocidos y estudiados, la doctora Sugiura, con esta perspectiva, se dio a la tarea de rescatarlos todos; los resultados son interesantes debido a que los estudios aseguran la presencia del hombre en esta ciénaga de Chignahuapan desde el formativo medio.

También se realizaron análisis químicos que sirvieron para identificar la función de la cerámica y examinar la flora y la fauna. Las plantas tuvieron un lugar preponderante durante la época prehispánica ya que, además de cubrir las necesidades físicas de los individuos, tenían un significado ornamental, simbólico, propiedades mágicas y poderes curativos. Se encontró que las vasijas contenían una cantidad muy grande y diversa de restos botánicos, lo que indica una explotación mixta de la ciénaga. En cuanto a la fauna, podemos decir que los pobladores de la región de Chignahuapan contaron con una considerable cantidad de recursos animales disponibles para su subsistencia diaria y para su imaginería ritual. Santa Cruz fue un espacio donde muchos animales circulaban de manera continua, quizá mediante algún tipo de intercambio realizado por los pobladores de la zona. En el sitio vemos la presencia de animales de la ciénaga, la pradera, los bosques, así como de los domesticados como guajolotes y diversas clases de perros. Todo esto confirma la tesis de que las personas se reunían ahí para intercambiar productos.

El análisis químico de la cerámica permitió diferenciar vasos (decorados y sin decorar), platos, cucharones, comales, cazuelas y ollas para el consumo de alimentos de las de uso ceremonial, como los sahumerios. Todos ellos presentan

evidencias de pulque, chocolate, proteínas y adición de sangre, al igual que otros compuestos. Esto enriquece los estudios arqueológicos al añadir nuevos datos sobre la alimentación y vida cotidiana de los pobladores de Santa Cruz.

Un aspecto importante de este estudio es la riqueza que muestran todos los análisis sobre la vida isleña y que la arqueología mesoamericana ha estudiado muy poco, sobre todo al encontrarse un mundo doméstico, donde los objetos eran usados por los moradores del lugar en forma cotidiana. El medio lacustre favoreció el estado de conservación de materiales arqueológicos y sobre todo orgánicos, ya que muchos de estos objetos parecen recién depositados.

La obra enfatiza la diferencia que se da en una economía productiva como la agricultura, con lo que sucede en una economía de ciénagas que permitió la vida de los pueblos alrededor del agua, como un modo de subsistencia lacustre. Apuntan claramente hacia ese modo de vida que se ha caracterizado por una relación directa e indisoluble entre el hombre y su entorno lacustre, en este caso, estableciendo un pacto de “no agresión” al depender uno del otro. El ser humano sabía que la destrucción o desaparición de su mundo acuático significaba también un desenlace fatal de su modo de vida.

Los habitantes actuales de Santa Cruz Atizapán, como los de pueblos cercanos, saben que hace muchos años existió un antiguo pueblo en la ciénaga de Chignahuapan, donde la gente vivía en casas levantadas sobre los llamados bordos; tenían también un conocimiento preciso de los cambios estacionales, la lluvia, el granizo, el viento, el calor y, por supuesto, el frío, la neblina, el trueno y el terremoto, fenómenos que la gente sabía cómo enfrentar y manejar. Un dicho popular de ese lugar es “neblina en el llano, seguro verano, neblina en el cerro, seguro aguacero”.

Las evidencias arqueológicas que se encontraron en este lugar sugieren la existencia de dos sectores, uno cívico-religioso y el otro de islotes. La pregunta que nos hacemos es: ¿cuál fue la causa para abandonar este lugar?, pero como en muchos sitios prehispánicos, surgen varias teorías, entre ellas la que dice que los cambios climáticos provocaron condiciones poco favorables para continuar la vida ahí. Otra habla sobre la falta de capacidad, tanto técnica como organizativa de aquellos isleños. Desafortunadamente no sabemos cuáles fueron las razones. Lo único que podemos asegurar es que el centro ribereño en el sur de la cuenca del Alto Lerma tuvo una larga pervivencia y fungía como centro rector a través del cual circulaban diversos recursos naturales y productos locales y foráneos entre el valle de Toluca y la vecina cuenca de México, así como entre el valle de Toluca, el sur del actual estado de México y tierra caliente.

También el río Chignahuapan ha servido a lo largo de siglos como una arteria principal en la red de comunicación entre los diversos pueblos ribereños, para transportar gente y grandes volúmenes de productos. Los colaboradores de este libro aseguran que se construyeron alrededor de cien islotes conocidos actualmente como “bordos”. Naturalmente, no todos los islotes se habitaron de manera simultánea ni continua a lo largo de los tres siglos, lo que sí tienen claro es que se distribuyeron seleccionando los lugares precisos y seguramente consideraron múltiples factores, no sólo físicos, sino también ideológicos y de observación astronómica para manejar su mundo.

Los islotes se construyeron principalmente como espacios domésticos para albergar una o dos casas habitación como máximo. Los vestigios que se encontraron en ellos van desde braseros, pesas para redes, tejidos de fibras vegetales, ya sea de tule o fibras de maguey, hasta restos de obsidiana traída de Ucareo, Michoacán. Por medio de estudios geológicos se logró saber que tuvieron un buen conocimiento de aislantes de la humedad al utilizar gravas de escoria (tezontle), basalto: e incluso piedra pómez en la construcción de sus casas. Todos estos fueron materiales extraídos de lugares muy cercanos a este sitio. Para los muros o paredes cabe resaltar la utilización del bajareque, que tiene la particularidad de mitigar la baja temperatura del exterior.

En todas las sociedades, sin importar su grado de complejidad, el anhelo de prevalecer como un grupo exitoso ocupa un lugar central en su existencia. Este aspecto está relacionado con las dimensiones de cosmovisión y religión, así como la relación con su entorno. En el último capítulo del libro, y tomando como base los materiales cerámicos encontrados como pesas de red, esferas de barro, tejos, figurillas, instrumentos musicales y adornos de braseros e incensarios, se demuestra su presencia dentro de contextos excepcionales con carácter de ofrendas, lo que les confiere un significado ritual y expresa con mayor claridad su vínculo con la dimensión ideológica. En ese contexto de vida era fundamental invocar y gozar de la protección de las fuerza sobrenaturales, las cuales permitían lograr una relación armoniosa con el espacio circundante que era de gran vulnerabilidad.

Entre las figurillas identificadas existe una preponderancia de aquellas que representan a Tláloc, deidad pluvial, así como de estrellas de mar o media estrella, con implicaciones acuáticas. Igualmente se encuentran representaciones simbólicas e iconográficas de conchas y caracoles con estilo naturalista en aditamentos de braseros e incensarios.

La gran novedad de este libro es la apertura de nuevos horizontes para entender el mundo isleño en Santa Cruz Atizapán y en otras localidades semejantes

a él y donde nuestro conocimiento en torno al modo de la vida lacustre es todavía muy precario.

Mención especial merece el trabajo realizado por el Lic. en Diseño Gráfico Luis Alberto Martínez López, quien elaboró un excelente trabajo editorial, cuidando el texto y las imágenes para lograr un libro de excelente calidad tanto de contenido como de diseño, donde se encuentra la investigación arqueológica en forma precisa y clara.

*María Teresa Jarquín Ortega*